

Las elecciones de 1789

LIBRO PRIMERO

ABRIL-JULIO DE 1789

CAPITULO PRIMERO

Elecciones de 1789

El pueblo entero llamado á elegir los electores, escribir sus quejas y sus peticiones.—Confiábase en la incapacidad del pueblo.—Seguridad del instinto popular; firmeza del pueblo, su unanimidad.—Retárdase la convocatoria de los Estados.—Retárdanse las elecciones de París.—Primer acto de la soberanía nacional.—Los electores perturbados por el motín.—Motín Reveillon.—Quién tenía interés en las perturbaciones.—Terminan las elecciones. (Enero-Abril de 1789).

La convocatoria de los Estados generales de 1789 es la verdadera era del nacimiento del pueblo. Era el llamamiento del pueblo entero al ejercicio de sus derechos.

Al menos pudo escribir sus quejas, dar sus votos, elegir sus compromisarios.

Hasta entonces se había visto en pequeñas nacionalidades republicanas ser admitidos todos sus ciudadanos en el ejercicio de los derechos políticos, pero jamás se había hecho esto en un gran reino, en un imperio, como era Francia. El caso era nuevo, no sólo en nuestra historia, sino en la del mundo.

Así, cuando al cabo de tantos años, se escucharon estas palabras: «*Todos se reunirán para elegir (1), todos presentarán sus reclamaciones*», se produjo una conmoción inmensa, profunda, como un temblor



MIRABEAU

de tierra; la conmoción llegaba á las regiones oscuras y mudas, donde nadie hubiera sospechado que existiese la vida.

Todas las ciudades y pueblos eligieron; no solamente las ciudades importantes, como en los antiguos Estados; los pueblos, las aldeas, los campos eligieron también.

Cinco millones de hombres acudieron á las elecciones.

(1) Los contribuyentes mayores de 25 años, debían elegir á los electores que nombraban los diputados y concurrir á la redacción de las actas. Los impuestos alcanzaban á todo el mundo, al menos por la capital, por lo que, exceptuando á los criados, toda la población era convocada á las elecciones.

¡Grandioso y raro espectáculo ver todo un pueblo que en un momento pasaba de la nada á la afirmación de su ser; que hasta entonces callado, entonaba de pronto una voz solemne!

Idéntica llamada de igualdad había sido dirigida á poblaciones prodigiosamente desiguales, no solamente en posición, sino en cultura, estado moral y sobre todo en ideas. ¿Cómo respondería el pueblo, tan raramente conformado? He aquí la cuestión. El fisco de una parte, el feudalismo de otra, luchaban para ahogarle con la pesadumbre de los males consuetudinarios. La realeza le había otorgado la vida municipal y con ella la educación que comenzaba á adquirir en el manejo de los asuntos comunales. El clero, su maestro obligado, no le enseñaba nada desde hacía mucho tiempo. Antes al contrario, parecía haber hecho todo lo posible para volverle incapaz, dejándole sin palabra ni pensamiento; y entonces, cuando le vió más que amodorrado muerto, le decía: «Levántate, anda, habla.»

Se había confiado demasiado en esta incapacidad del pueblo; jamás se creyó haber provocado un movimiento semejante. Los primeros que pronunciaron el nombre de los Estados generales, los parlamentarios que los reclamaron, los ministros que los prometieron, Necker que los convocó, todos, en fin, creían que el pueblo miraría indiferente la elección y no tomaría parte en ella. Creyeron con aquella convocatoria solemne, con aquella evocación dirigida á una masa inerte, causar algún temor á los privilegiados. La corte misma, que era el privilegiado de los privilegiados, el abuso de los abusos, no tenía deseo alguno de combatirlos. Esperaba solamente forzar los impuestos sobre el clero y la nobleza, llenando la caja pública de donde sacaba los fondos de la suya.

La reina, ¿qué quería? Entregada á nobles improvisados, escarncida por la nobleza con canciones y epigramas, cada día más menospreciada y sola, quería vengarse de sus burladores, intimidarlos, obligándoles á estrecharse y unirse en derredor de su rey. Había visto á su hermano José el sistema de oponer las aldeas á las ciudades, á los prelados, á los grandes. Este ejemplo, sin duda alguna, la hizo partidaria de las ideas de Necker, consintiendo en dar al Tercer estado tantos diputados como sumasen el clero y la nobleza reunidos.

Y Necker, ¿qué quería? Dos cosas á la vez; aparentar mucho y hacer poco.

Para las apariencias, para la gloria, para ser celebrado, exaltado en los salones, elogiado por el pueblo, quería generosamente duplicar el número de los diputados del Tercer estado.

En realidad, quería ser generoso sin serlo.

El Tercer estado, más ó menos numeroso, no sería siempre más que uno de los tres órdenes, un voto contra dos; Necker confiaba en mantener la costumbre de votar por Estados, un voto cada uno, sistema que tantas veces había hecho ineficaz la reunión de los Estados ge-

nerales (1). Además, anteriormente, el Tercer estado había sido muy modesto, muy respetuoso y bien amaestrado. Elegían para diputados nobles, los más de ellos improvisados, parlamentarios y algunos otros que se enorgullecían de votar con la nobleza, contra los intereses de los que los habían elegido.

Todo esto prueba que Necker no tenía propósitos serios, y que únicamente quería, con aquella gran fastasmagoría, vencer el egoísmo de los privilegiados, hacerles abrir el bolsillo, y que en aquellos Estados, convocados contra ellos, se defendieran menos, para asegurarse una influencia avasalladora (2).

Las asambleas populares debían ser elegidas *en alla voz*, imponiéndose que los pobres, con tal procedimiento electoral, en presencia de los nobles y los personajes, carecerían de firmeza para mantener alta la cabeza y pronunciar otros nombres distintos de los que le fueran dictados.

Llamando á la elección á las gentes del campo y de las aldeas, Necker creía realizar un acto político habilidísimo; de tal modo el espíritu democrático despertaba en las ciudades grandes entusiasmos, mientras los campos estaban dominados por la nobleza y el clero, poseedores de dos terceras partes de la tierra. Así llegarían á la elección millones de hombres, dependientes, trabajadores y arrendatarios de los nobles y el clero, que podían ser intimidados por sus agentes, intendentes, procuradores ó secretarios.

Necker sabía, por experiencia de Suiza, que el sufragio universal podía ser, en ciertas ocasiones, el apoyo de la aristocracia. Pareció tan bien esta idea á los notables á quien consultó, que quisieron hacer electores á los criados mismos. Necker no consintió esto y la elección cayó enteramente en manos de los grandes propietarios.

El resultado desmintió todos los cálculos (3). El pueblo, tan poco preparado, demostró un instinto muy seguro. Cuando se le convocó á la elección y se le dijo su derecho se encontró con que tenía bien poco que aprender. En este prodigioso movimiento de cinco ó seis millones de hombres, hubo alguna vacilación, por ignorancia de los procedimientos y especialmente porque la mayor parte no sabían escribir. Pero

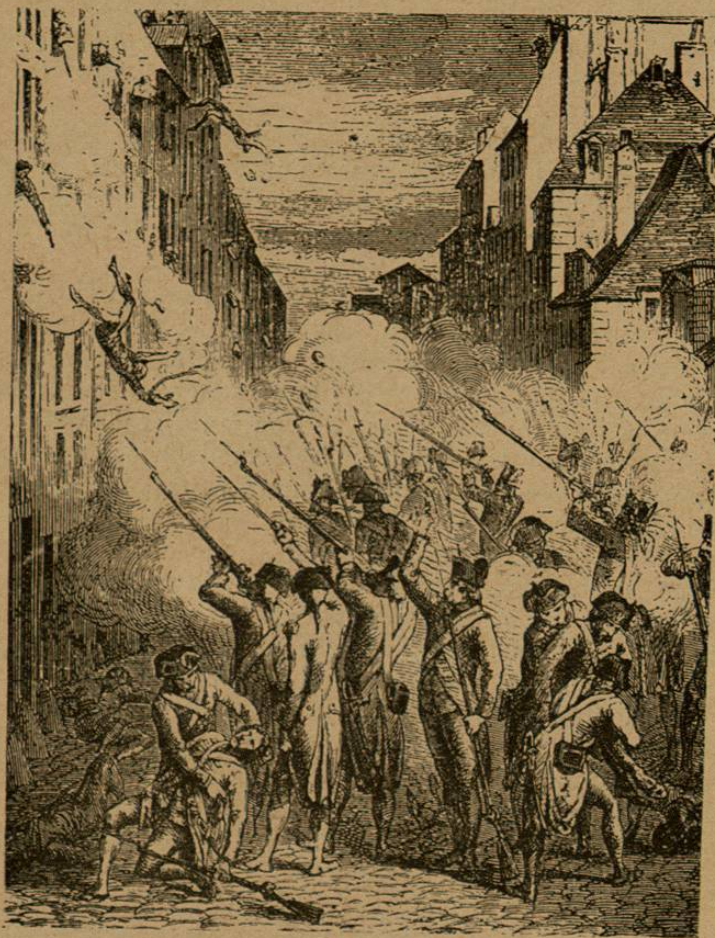
(1) Para conocer bien esto, conviene leer las curiosas apelaciones de Necker, su discurso dirigido al Tercer Estado. (*Obras*, VI 419, 443, etc.) Como en todas sus obras se siente extraño, poco firme en Francia, un viajero, siempre de paso, habla delante de la nobleza con el sombrero en la mano; es un protestante que quisiera encontrar gracia delante del clero. Para defender los privilegios contra el pobre Tercer Estado, se le presenta débil, tímido, casi de rodillas; aparenta hacerle signos de inteligencia... Y á la vez quiere hacer entender á los demás que todos los que lo forman son unas excelentes personas, á quienes se podrá engañar en seguida.

(2) Los órdenes privilegiados resultaban doblemente favorecidos: 1.º No estaban sujetos á los dos grados de la elección; elegían directamente sus diputados; 2.º Todos los nobles eran electores, no solamente los que *tenían vasallos*, como en los antiguos Estados; y el privilegio, extendido á una enorme población de nobles, resultaba más odioso todavía y más ridículas sus pretensiones absorbentes.

(3) El rey declaró en la convocatoria de elecciones en París que no conocía exactamente el número de habitantes de la ciudad más conocida del reino, y que por lo tanto no podía adivinar el número de los electores, etc.

aquellos hombres supieron hablar; supieron en presencia de sus señores, sin olvidar sus costumbres respetuosas ni abandonar su humilde actitud, nombrar dignos compromisarios, que eligieron diputados enérgicos y firmes.

La admisión de los campesinos en la elección dió el inesperado re-



Ataque de la casa de Reveillon

sultado de llevar entre los diputados de los órdenes privilegiados una democracia numerosa, en la que no se había pensado; doscientos curas, y entre ellos tres enemigos de sus obispos.

En Bretaña y en el Midi, el campesino elegía voluntariamente á su cura, que además, siendo el único que sabía escribir, recibía los votos y organizó toda la elección.

El pueblo de las ciudades, un poco mejor preparado, habiendo re-

cibido algunos destellos de la filosofía del siglo, demostró un admirable entusiasmo, un exacto conocimiento de su derecho. No ha habido en el mundo elecciones como aquellas, por la rapidez y certidumbre con que las masas de hombres inexperimentados dieron su primer paso político.



EL ABATE SIEVES

En las notas donde consignaron sus quejas y peticiones apareció una mancomunidad y acuerdo inesperados, imponentes, que dieron al voto público una fuerza irresistible. ¡Desde cuánto tiempo atrás estaban aquellas quejas en todos los corazones!... Costó mucho escribirlas todas. En uno de los distritos se presentó un cuaderno que comprendía un código; fué comenzado á media noche y se concluyó de leer á las tres.

Un movimiento tan extenso, tan variado, con tan escasa prepara-